



Enrico Martínez y Adrian Boot, ingenieros del fracaso

Jorge Vázquez Ángeles



Imágenes tomadas del libro *México ciudad futura* de Alberto Kalach et al., Blok Design, 2010

NO CAERÉ EN LA TENTACIÓN CON SABOR A CLICHÉ de citar la frase de Alfonso Reyes sobre la limpieza del cielo de la ciudad de México, ni me dejaré llevar por el nostálgico remedio de atribuirle al pasado una gloria que no me consta. Me interesa esbozar brevemente la vida de dos ingenieros que llevaron a cabo una de las obras más devastadoras de que se tenga registro en los recientes anales de la ecología, pues para los antiguos (ni tan antiguos, la ecología dio sus primeros pasos en el siglo XIX) devastar extensos bosques o selvas, o contaminar el cielo, no era motivo de pena o zozobra.

Prácticamente desde 1521, a la caída de México-Tenochtitlán, dio comienzo la desecación de los lagos del Valle de México. Hoy en día aún es motivo de discusiones la temeraria decisión de Hernán Cortés de establecer la nueva ciudad novohispana encima de los islotes y las chinampas aztecas. Pudiendo haber construido su soñado imperio en tierra firme —como en Coyoacán, por ejemplo—, Cortés se empeñó en edificarlo en el lugar menos propicio; y debido a que la destrucción de las calzadas y sobre todo el albarradón



de Nezahualcóyotl hacían incontenibles las aguas, el caprichoso lago no tardó en inundar la flamante ciudad desde 1555 y hasta bien entrado el siglo xx. Como dice Gonzalo Celorio¹, en el ánimo español la posesión de tierra como prueba de éxito y conquista debía de borrar, a como diera lugar, la presencia del agua.

Heinrich Martin (1550-1632) nació en Hamburgo y fungió como cosmógrafo del rey Felipe II. Llegó a la Nueva España en 1590 para continuar con sus estudios sobre eclipses y ciclos lunares. Al parecer le sentó tan bien el nuevo ambiente que castellanizó su nombre: Enrico Martínez, cuya memoria se preserva en el monumento ubicado en una de las esquinas de la Catedral metropolitana. El monumento da fe de los niveles de los cinco lagos de la cuenca de México y sirvió para bautizar a la ya desaparecida primera cantina de la ciudad, El Nivel².

El virrey Luis de Velasco, en 1607, le ordenó a Martínez que elaborara un plan que previniera las inundaciones. Tras estudiar el sistema de lagos, el

cosmógrafo concluyó que se debía de abrir un tajo que desviara las aguas del río Cuautitlán que alimentaba el lago de Zumpango hacia Huehuetoca y de ahí al río Tula, evitando que los excedentes se depositaran en el lago de Texcoco. La obra se inició el 28 de noviembre de 1607 y se concluyó el 13 de mayo de 1609: constaba de un canal de doce kilómetros que no pudo evitar ni las inundaciones ni la muerte de decenas de indios durante las obras que comenzaron a derrumbarse en algunos puntos. El problema llegó a oídos de Felipe III, quien alarmado por la enorme cantidad de dinero que se gastaba en obras que no funcionaban del todo, ordenó una revisión a fondo y que se buscara en Europa a un hombre que pudiera remediar las inservibles obras de Enrico Martínez.

El ingeniero alemán Adrian Boot, de quien se desconoce prácticamente toda su vida y que en el libro *Hombre al agua*, de Fabrizio Mejía Madrid, se le apoda “El Holandés”, se embarcó en el puerto de Sevilla en 1614 y llegó a Nueva España. A su llegada visitó las obras en compañía de Enrico Martínez y no tardó demasiado en afirmar que el tajo era una mala idea. Propuso la construcción de una serie de diques a la manera holandesa, de ahí, quizá, su apodo, que conservaran los lagos, pero las obras avanzaron lentamente y a los españoles jamás les agradó la idea de preservar el agua. Mientras tanto, Boot se dio tiempo para rediseñar los fuertes de San Diego, en Acapulco, recién asaltado por una flota alemana, y el de San Juan de Ulúa, en Veracruz. Mientras los dos ingenieros trataban de convencer al rey de las bondades de sus proyectos, presentando presupuestos y el número de hombres necesarios, no fue sino hasta 1616 que Felipe III apostó de nuevo por Enrico Martínez, aunque ambos ingenieros trabajaron juntos midiendo las profundidades y las crecidas de la lagunas, en un ejercicio de prueba y error que le costaba a la ciudad inundarse cada año, al grado de que “El Holandés” era mal visto y Martínez estuvo dos veces en la cárcel, la primera como consecuencia de la peor inundación registrada en la ciudad de México.

Las cosas no mejoraron para ambos personajes porque en 1629 no dejó de llover durante varios días.

¹ México, *Ciudad Futura*, Alberto Kalach et al, 2010, página 14.

² *Ibidem*.

Con el tajo de Huehuetoca cegado por órdenes de Martínez, quien pretendía medir de nuevo los niveles de las aguas, la ciudad de México permaneció inundada durante seis años, a excepción de algunas partes del actual zócalo y un solar conocido como la isla de los perros, sitio donde cientos de canes callejeros se resguardaban para no morir ahogados.

Durante esos seis años, se llegó a pensar en mudar toda la ciudad a Coyoacán o a Tacubaya, pero el enorme costo de trasladar todos los conventos, iglesias y viviendas hizo incosteable el proyecto. La misas y procesiones se realizaban a bordo de chalupas y era común que se celebraran *Te Deums* para pedirle al cielo que terminara con el azote de las lluvias y las inundaciones.

En 1630 se puso en marcha la construcción de otro tajo, el de Nochistongo, que se terminó en los tiempos de Porfirio Díaz. Dos años después, Enrico Martínez falleció en Cuautitlán sin imaginarse que más de trescientos años después, bien entrado el siglo xx, su idea de desecar los lagos se volvería realidad, con consecuencias nefastas no sólo para la ciudad, sino para los estados vecinos que sufren de la depredación de sus mantos acuíferos y la contaminación de sus ríos.

Por su parte, el nebuloso Adrian Boot regresó a Europa donde sirvió durante algunos años más en la corte de Felipe III, hasta que su buena estrella declinó. Hacia 1637 fue acusado por el Santo Oficio y encarcelado en un convento. No deja de llamar la atención que Enrico Martínez trabajó como traductor e intérprete del Santo Oficio gracias a que hablaba, además de su lengua natal el alemán, latín, inglés y español. Aunque existe una distancia de cinco años respecto de la muerte de Martínez y el encarcelamiento de Boot, los mal pensados podrían suponer que la suerte de “El Holandés” se debió a un ajuste de cuentas iniciada en las lagunas de la cuenca de México.

Del proceso seguido a Boot se conoce muy poco y prácticamente nada de las acusaciones que se le imputaban. Su fecha y sitio de muerte se desconocen.

Hace pocas semanas, el Sistema de Aguas de la Ciudad de México (SACM) anunció con bombo y platillo el descubrimiento de un manto acuífero ubicado a casi mil metros de profundidad, y del que será posible abastecer al Distrito Federal durante cien años sin el riesgo de provocar más hundimientos. La cantidad de lluvia que cada año se precipita sobre la ciudad sería suficiente para no explotar ni una gota de esa agua. Por desgracia, la imaginación de las autoridades parece estancada en los albores del siglo xvii. 🏰



Plano de Juan Gómez de Trasmonte